

“LOS LISTOS”

Con frecuencia he oído a algún pobre diablo preguntarse cómo un conocido suyo, por lo general poco inteligente, ha conseguido casi sin esfuerzo elevarse a un alto nivel de vida y él, trabajando mucho más, no lograba salir de una triste medianía. Y su pregunta, casi siempre, debido a su buena fe, quedaba sin respuesta; o, resignadamente, se decía: Es más listo que yo. Y terminaba así la cosa.

Algunas veces, por noble espíritu de emulación, y aguijoneado por el ejemplo, emprendía algún negocio. Este, como es natural, daba al traste con sus pocos ahorrillos y el buen hombre quedaba abrumado por el fracaso y las deudas. Indagaba entonces las causas y por más vueltas que daba al asunto, no hallaba la explicación al insoluble problema.

En cierta ocasión un amigo mío se lamentaba de una cosa parecida. Me fué diciendo como funcionaba su negocio: pagaba el precio legal, vendía productos puros, de la mejor calidad, daba el peso justo, declaraba sus verdaderos ingresos... y, pese a todo ello, hubo de cerrar porque en unas partidas le estafaron y porque inspeccionaron su industria y sin saber cómo, le hallaron defraudador, por lo cual se le impuso una considerable multa.

Yo, entonces, le expliqué el motivo de su quiebra: Has pagado lo legal, cosa que nadie hace; has dado productos sin adulterar, que es un

absurdo, pues la mayoría no gusta de ellos, por no estar acostumbrada; has declarado tus ingresos reales, lo que es una tontería porque, a fuerza de tanta mentira, la verdad no es creída; te has fiado excesivamente de charlatanes y desaprensivos; en fin, tú eres el único culpable del fracaso. No eres listo.

Y, en efecto, para triunfar hoy, en todos los sitios y en todos los países, hace falta ser listo, tener esa listeza que no define ningún diccionario; la listeza de saber interpretar la ley acomodándola a nuestro interés; la de imaginar que la honradez o la nobleza son cosas exteriores como una corbata o un traje; la de saber cubrir con bonachona máscara la faz verdadera y vestir las intenciones y los hechos con llamativo ropaje de bondad y de virtud; la de evitar que la conciencia hable u oiga, cerrando su boca con el manjar del interés y obstruyendo sus oídos con los tapones del egoísmo. Y lo peor es que, a los ojos de pobres incautos, estas apariencias semejan verdad.

Cuenta Quevedo en uno de sus Sueños, que en la calle de la Hipocresía, que se extiende desde el principio al fin de la vida, unos a modo de fantasmas tendieron una cuerda y todos los que pasaban bajo ella se veían tal y como eran en la realidad. ¡La suerte para los «listos», es que ésto solo puede ocurrir en un sueño!

Miguel Molina Rabasco